

José  
Ángel  
Cilleruelo

Doménica



Paréntesis

**FRAGMENTO**

*Colección Umbral*

## OTROS TÍTULOS DE PARÉNTESIS EDITORIAL

- **COLECCIÓN DE FACTO**

*Javier Villanueva. La verdadera historia*, INMA PORTALO  
Y JAVIER VILLANUEVA  
*Ulises y las sirenas. El dilema de la infidelidad*, JESÚS  
COTTA

- **COLECCIÓN ORFEO**

*Cuchulain de Muirthemne*, LADY GREGORY  
*La sangre y el eco*, JULIO MANUEL DE LA ROSA  
*Todas las mujeres*, JOSE MARÍA CONGET  
*Los consulados del Más Allá*, AQUILINO DUQUE  
*La fiebre de Siam*, EDUARDO JORDÁ  
*Las historias gallegas*, ÁLVARO CUNQUEIRO  
*La catedral*, VICENTE BLASCO IBAÑEZ  
*Croquis a mano alzada y Las campanas de Antoñita*  
*Cincodedos*, JULIO MANUEL DE LA ROSA  
*El misterio del mundo. Antología*, FERNANDO PESSOA

- **COLECCIÓN UMBRAL**

*Vacaciones de invierno*, JOSÉ MANUEL BENÍTEZ ARIZA  
*Plaza del Cabildo*, EMILIO DURÁN  
*El centro de la Tierra*, ANDRÉS PÉREZ DOMÍNGUEZ  
*El viento y la arena*, ANTONIO REYES MATEO  
*Hildur*, TONI MONTESINOS  
*Doménica*, JOSÉ ÁNGEL CILLERUELO  
*La maldición del cronista*, MARC GUAL  
*Sueños de libertad*, CARLOS ALGORA



José Ángel Cilleruelo (Barcelona, 1960) es escritor, crítico literario y traductor. Ha publicado las novelas *El visir de Abisinia* (2001), *Trasto* (2004) y *Al oeste de Varsovia* (IV Premio Málaga de Novela 2009); cuatro recopilaciones de relatos y los libros de poesía *El don impuro* (1989), *Maleza* (1995), *Salobre* (1999), *Formas débiles* (2004), *Domicilios* (2005) y *Frágiles* (2006). Es autor

de un volumen de poesía infantil: *El circo de Gustavo* (2000). Ha traducido a diversos poetas portugueses contemporáneos y ha editado obras de José María Fonollosa y Rafael Pérez Estrada. Ha reunido sus artículos literarios en *Poesía y ciudad* (2009).

<http://elvisirdeabisinia.blogspot.com/>

1

El día 30 de septiembre de aquel año, seis meses antes de la guerra, recibí mi primer salario como maestro suplente en el colegio infantil de Palfre, el único que había en esta localidad de la Baja Liboria. Cuando llegué al cuarto que tenía alquilado en la casa de doña Nataline cerré la puerta, corrí los visillos y de espaldas a la ventana que daba a la calle abrí el sobre que había traído, desde el colegio, apretado en un puño dentro del bolsillo del pantalón. Saqué los billetes y los esparcí, junto a las monedas, por la mesa. Volví a contarlos tal como los había contado antes, en el despacho del tesorero, el señor Rokermer, un tipo árido y desconfiado al que ese día de buena gana le hubiera estampado en las mejillas un par de besos de puro agradecimiento. Y de nuevo revisé los billetes de cien francos, los de cincuenta y los de diez. Más lo suelto, que enseguida guardé en el monedero. Los ordené en tres montoncitos. Uno con la mensualidad que debería pagar a doña Nataline al día siguiente, primero de mes. Otro, menor, para las comidas de los domingos y las cenas, que no podía hacer, claro, en el colegio, y un tercero, que volví a guardar en el sobre, con la cantidad que había acordado conmigo mismo como ahorro para en el futuro no tener que vivir en una habitación arrendada. Hechas las particiones, me pareció que nada más cobrarlo ya había gasta-

do el sueldo de todo el mes, así que me contenté pensando que aún quedaban tres billetes menudos sin destino. Al principio quise sumarlos al montoncito central, tal vez para permitirme un domingo algún plato exquisito, pero de repente tuve una idea que aumentó el disfrute del recuento. Una excitación tensó mi cuerpo y esparció chispas sobre mi cerebro al evocar el nombre de Pou. Se me ocurrió que aquel dinero sobrante lo dedicaría a proporcionar a mi fatigado cuerpo de asalariado el mayor placer al que puede aspirar quien vive en «un cuarto de alquiler para hombres solteros y sin visitas», tal como lo había anunciado en un cartel mi casera, doña Nataline.

Había llegado a Palfre a finales del verano. Era un lugar del que nunca había oído hablar. Lo vi escrito por primera vez en la pizarra de la Bolsa de Maestros. Allí un funcionario anotaba con letra escolar las vacantes. Sólo me fijé en ese nombre la mañana en la que por fin le llegó el turno de solicitar plaza al altísimo número que tenía. Mi condición de recién licenciado y mis notas discretas no daban para más. Es posible que la suplencia de Palfre, para todo un curso, estuviera ahí desde el principio, aguardándome, quién sabe, pero yo sólo me fijaba en otros destinos más próximos a Selzer; no porque fuera esta mi ciudad, que tampoco era nada mío, sino porque en ella había vivido los tres años de mi vida de estudiante. Todos aquellos destinos que la esperanza contemplaba cada mañana en el vestíbulo del Ayuntamiento, en el rincón donde estaba colgada la pizarra de la Bolsa de Maestros, día a día se iban convirtiendo en el polvillo blanco que quedaba en el aire después de que el funcionario pasase el trapo sobre los anhelados nombres escritos en tiza. Así que la mañana en la que me tocó elegir sólo quedaban suplencias temporales, una incluso en un colegio de Selzer, de tres meses, lo que me permitiría continuar en la residencia de estudiantes, donde vivía, al menos hasta finales de año. Y cuando ya me había decidido por esta opción, alguien dentro de mí me robó la voz y dijo: «Solicito esa vacante de

todo el curso en...», y sólo entonces deletreé el nombre de mi nuevo destino. «¿Dónde demonios estará Palfre?», recuerdo que pensé en ese mismo instante.

En aquel entonces Palfre debería rondar el millar de habitantes. Estaba situado al pie de una montaña, en la cara sur, en un valle amplio y fértil al que se llegaba por una carretera que le guardaba fidelidad conyugal al río. El tren le dejaba a uno en Figuán, y desde allí un coche recorría los treinta kilómetros restantes en poco más de una hora. Entre la llegada del tren, el único de la mañana, y la salida del coche a Palfre había cuatro horas de diferencia, tiempo que me pareció excesivo para cruzar la plaza de la estación, al otro lado de la cual se encontraba la parada de autobuses. Aunque había conseguido colocar todas mis pertenencias en un único maletón, que sólo logré cerrar apretando dos correas con todas mis fuerzas, resultaba pesado arrastrarlo de un lado a otro; así que, comprobada la generosidad de los horarios, busqué una mesa discreta en el café de la plaza y allí me senté a contemplar el lento paso de las horas. Saqué la pluma y un pliego de papel porque pensé que el momento era apropiado para escribir una carta. Me hubiera gustado que fuera una carta de amor, porque la incertidumbre del destino y la obligada separación le hubieran dado un carácter, digamos, más íntimo. Pero, ¿a quién escribírsela?

En los tres años que había vivido en Selzer, como estudiante en la Normal, no me habían faltado amores. Conocí primero a Rosaire, una muchacha de mi curso. Los dos, recién llegados a la ciudad, coincidimos en el camino de ida y de vuelta, pues ella residía en un colegio femenino que había en la zona. Pronto empecé a esperarla cada día en el cruce del paseo de los Tilos con su calle, y desde allí caminábamos hasta la Escuela, en las afueras de Selzer. Nuestras conversaciones se trenzaban inacabables, y muchas tardes, de regreso, las agotábamos en un banco del Paseo, el último antes de separarnos en el cruce de su calle, hablando y hablando y hablando. No sabría decir

de qué. A Rosaire nadie la consideraría una chica guapa. Vestía ropas amplias, amorfas, casi masculinas, y se recogía el pelo hacia atrás con un moño sin ninguna gracia. No se pintaba ni se cuidaba las cejas. La piel de su cara conservaba una pelusilla adolescente entre la que no eran infrecuentes ver pasar partidas invasoras de granitos y espinillas. Nada de eso me importaba porque nuestras conversaciones sin fin me habían abierto camino hacia otra Rosaire interior, diáfana, que sólo yo veía y en la que nada se ocultaba a la emanación de las palabras.

¿Me enamoré de Rosaire? Lo que llamamos amor es el fruto de la voluntad, lo medité mucho entonces, y llegué a la conclusión de que nunca quise amar a Rosaire. Me la trajo el azar y ahí estuvo unos meses, en la fascinación del hablar y hablar, en el juego de las confidencias y en la complicidad de los chistes privados. Nos sentíamos tan satisfechos sólo con eso, que éramos capaces de reírnos del mundo entero. Hacia final de curso, una tarde me quedé esperándola sentado en el murete de la Normal como solía. Cuando llegó me dijo: «Hoy no podré acompañarte, lo siento», y se dio la vuelta. Detrás la esperaba otro colega con quien jamás la había visto hablar. Este la tomó por la cintura, la acercó a su cuerpo con firmeza y besó a Rosaire. En la boca. Los dos con las bocas muy abiertas, como náufragos en su último estertor, mientras yo cerraba la libreta de apuntes con la que entretenía la espera y la guardaba en el macuto, mi única compañía aquella tarde en mi regreso. A mediados del curso siguiente se me acercó un día. «Ya no salgo con él. Me equivoqué, pensaba que era de otra manera», me dijo. «Me alegro por ti», creo que fue mi respuesta. Después nunca más volvimos a cruzar palabra. Para entonces ya había dejado de ir con las mujeres sólo para hablar, siguiendo los pasos por los que me había llevado de la mano Rufine. ¿Entendería Rosaire que ahora yo la escribiera, a medio camino de mi incierto destino, la carta que no le escribí nunca? ¿Que lamentara no haberle dicho las únicas palabras que no pronun-

cié en nuestras largas conversaciones de entonces? ¿Que no la recuperara cuando vino a decirme que de nuevo regresaba sola a su residencia? Me hubiera gustado escribirle todas estas cosas, es verdad, y de buena gana lo hubiera hecho aquella mañana inútil en Figuán, pero ¿qué vacante le habría tocado en suerte a Rosaire en la Bolsa de los Maestros? La vida junta y separa a su antojo. ¿Qué podemos hacer nosotros los mortales para evitarlo? ¿Escribir una carta de amor que no leerá nunca su destinataria? «Dejemos eso para los novelistas», dije casi en voz alta en mi rincón del café.

**IR A LA FICHA DEL LIBRO**

---

**Queda prohibida, bajo sanción prevista por la ley,  
cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y  
transformación de esta obra sin permiso previo por escrito  
de los titulares del copyright.**